

# Apogeo y decadencia del primero de mayo

Ángel Cappelletti

1985

Cuando el Congreso Internacional reunido en la sala Pétrelle de París, entre el 14 y el 20 de julio de 1889, decidió organizar cada año «una gran manifestación internacional en todos los países y ciudades a la vez», con el objeto de lograr la jornada de ocho horas, fijó ya como fecha para la misma el 1° de Mayo. Tenía en cuenta, al hacerlo, que la American Federation of Labor, en el Congreso celebrado en San Luis, en diciembre de

1888, había adoptado ese día para una manifestación análoga.

Pero, como bien hace notar Dommanget, en «la célebre resolución del Congreso de París que, hablando con propiedad, es el acta de bautismo del 1° de mayo Internacional, no se hace en absoluto cuestión de fiesta, sino de manifestación». Se trataba, en efecto, de presionar a los poderes públicos y de exigir una reivindicación esencial para la clase obrera. En un artículo famoso y muchas veces citado de Jules Guesde —“Los orígenes del 1° de Mayo”— tampoco se mencionaba para nada la palabra «fiesta»: se hablaba, más bien, de manifestación, impulso, intimación.

Los anarquistas, que habían protagonizado el movimiento por las ocho horas en Estados Unidos y que habían dado la sangre de los mártires de Chicago, no tenían una opinión unánime sobre la participación en las jornadas del 1° de Mayo. Todos convenían sin embargo, en aquellos momentos aurorales, en repudiar la idea de «fiesta» para ese día. El *Père Peinard*, el famoso remendón libertario, sostenía que «son los cobardes y los frenadores del socialismo» quienes han «cortado el chicote al aire protestador y frondoso del 1° de Mayo», ladrando que era la fiesta del proletariado, al mismo tiempo que procesionaban ante los poderes públicos»

(M. Dommanget, “1° de Mayo ¿fiesta del trabajo o día de la lucha emancipadora?” en Historia del 1° de Mayo, México, 1977. p. 159-160).

Pero no fueron solo los anarquistas sino también la inmensa mayoría de los socialistas quienes rechazaron al principio la idea de convertir al 1° de mayo en fiesta del trabajo. Las razones de tal rechazo, que duró por lo menos hasta la Primera Guerra Mundial, son muy comprensibles. Una fiesta significa la celebración de un triunfo, el recuerdo de una victoria. Pero la clase obrera, aún después de la conquista de la jornada de las ocho horas, estaba lejos de haber triunfado. Si se podía hablar de fiesta no era, en todo caso, sino una fiesta del futuro, para cuando, como escribía Adrien Véber, «el victorioso empuje del socialismo y la Instauración progresiva del colectivismo transformarán en una verdadera fiesta este austero aniversario, este acto de fe revolucionaria y de comunión Internacional» (citado por Dommanget).

Algún historiador superficial podría imaginar hoy, leyendo los periódicos socialistas y anarquistas de la época, que tal oposición a celebrar una fiesta del trabajo y del trabajador obedecía a un escrúpulo del revolucionarismo doctrinario o constituía una mera formalidad protocolar. Basta con recordar, sin embargo, para

aventar tan ligeras suposiciones, que quienes pretendían instituir el 1° de mayo como fiesta internacional del trabajo eran nada menos que los personeros de la burguesía y los representantes oficiales u oficiosos del gobierno. Nada más conveniente para ellos, sin duda, que convertir la fecha en una celebración poética o, mejor aún, en una concelebración de la naturaleza primaveral y del trabajo humano. Nada mejor que los cánticos jocundos y las guirnaldas de flores para exaltar la concordia de clases y la armonía social. No olvidaban éstos que ya los romanos habían celebrado el 1° de mayo como festividad de las flores y de los cereales, ni, por otra parte, que en Australia el reformismo obrero había logrado, desde 1855, la jornada de las ocho horas, por lo cual celebraba la fiesta del trabajo en fecha próxima, esto, es el 21 de abril.

El movimiento obrero internacional y particularmente los anarquistas se negaron rotundamente a cohonestar este fraude y a colaborar con la domesticación de una fecha que había sido y quería seguir siendo clasista y revolucionaria.

Sin embargo, lo que no podía ser una «fiesta» de la armonía social y una celebración de la paz de los esclavos con el amo benévolo, se transformó pronto en algo más que una movilización por las ocho horas. Adqui-

rió un significado trascendente al unirse al recuerdo fervoroso de los mártires de Chicago y llegó a ser día ecuménico de los trabajadores en lucha y, si así pudiera decirse, también «fiesta» de la sangre y del sudor del pueblo, más parecida por eso a una conmemoración religiosa que a una efemérides nacional o a un cumpleaños del gobierno.

Como tal se celebró, durante muchos años, en la mayoría de los centros obreros de Europa y de América, desde París a Buenos Aires y desde Río de Janeiro a Berlín. Y no dejó de presenciar, a través de los años, la calda de nuevas víctimas de la represión policial. Así, para citar sólo dos ejemplos de países muy distantes entre sí, en Fourmies, Francia, en 1891, las fuerzas policiales dispararon sobre una multitud desarmada y pacífica y dieron muerte a varios hombres, mujeres y niños; en Buenos Aires, Argentina, en 1904, durante la manifestación convocada por la FOA, (Federación Obrera Argentina), un obrero resultó muerto y otros quince heridos (Cfr. Iaacov Oved, *El anarquismo y el movimiento obrero en Argentina • México • 1978*, p. 337).

Tuvo el 1° de Mayo, por otra parte, sus oradores, sus dramaturgos y sus poetas. Charles Grot, Etienne Pédrón, Clovis Mugues, Olivier Souetre y Gastón Couté

(que cantó en argot parisino al día de los trabajadores) en Francia; Emil Szepansky y Errnst Fisher, en Alemania; Amadeo Vannucci, Pietro Petrazzini y Pietro Gori (autor de un esbozo dramático donde se canta un himno proletario con la música del Nabucco de Verdi) en Italia, fueron algunos de los vates populares de la fecha proletaria. Inclusive un escritor célebre en los círculos literarios de su época, Edmundo de Amicis, el autor de la universalmente conocida y traducida novela *Coure* (Corazón) escribió sobre el 1° de Mayo, exhortando, un tanto ingenua y sentimentalmente, a los capitalistas a unirse al socialismo (Cfr. M. Dommanget, “El 1° de Mayo en la canción y la poesía populares”, en *op.cit.*, pp. 193-226).

Sin embargo, poco a poco, el espíritu combativo que floreció en mártires y en poetas, se fue desgastando en las grandes masas obreras.

Con la domesticación de los sindicatos, ya sea por la complejidad del voto (que eleva a sus dirigentes al parlamento), ya por la implacable maquinaria del partido único y del Estado omnipotente, el 1° de Mayo comenzó a perder su significado prístino de manifestación internacionalista y clasista, de rememoración dolorida pero combativa del martirio de Chicago.

En algunos países, que dejaron de celebrar la fiesta del trabajo el 19 de marzo, día de San José, para trasladarla al 1° de mayo (de acuerdo con el criterio de la clase obrera), la fecha se sigue celebrando con misas y tedeums. En otros, da lugar a desfiles marciales, bajo la paternal mirada de los nuevos amos. En otros, por fin, el 1° de Mayo es recordado en programas de radio y televisión, ocupa las columnas de la prensa burguesa y ocasiona piadosas congratulaciones en las cámaras legislativas y en las centrales patronales.

Todo esto comporta una tergiversación que podría considerarse cómica, si no tuviera mucho de trágica. Dice muy bien el anarquista gallego Ricardo Mella: «Los años siguientes al bárbaro sacrificio (de los mártires de Chicago) se luchó valientemente; la huelga general ganó las voluntades y cada 1ero. de mayo se señaló por verdaderas rebeldías populares. Los aldabonazos de la violencia repercutieron terroríficos en diversas naciones. Y a través de este periodo heroico, las ideas de emancipación social han adquirido carta de naturaleza en todos los pueblos de la tierra. No espantan ya a nadie las ideas socialistas o anarquistas. De ellas andan contagiadas las mismas clases directoras. En sus bibliotecas hay más libros sediciosos que en las casas de los agitadores y de los militantes del obrerismo revolucio-

nario. Y acaso también en los cerebros de aquéllos, más gérmenes de revueltas y de violencia que esperanzas en los corazones proletarios. Ha pasado la época heroica. Se ha falseado el significado del 1ero. de mayo. Se lo ha convertido en un día ritual, de culto, de idolatría. La liturgia socialista no sabe pasarse sin iconos, sin estandartes, sin procesiones» (R. Mella, La tragedia de Chicago, México, 1977, p 136).

¿Puede volver el 1° de Mayo a conquistar su sentido originario? Evidentemente no, mientras el movimiento obrero no deje de ser un apéndice de los partidos políticos o un servil instrumento del Estado, mientras no logre enfrentar de nuevo (con otros métodos, pero con el mismo espíritu de los primeros años) al avasallante capitalismo de las transnacionales y el letárgico capitalismo de Estado, que gusta disfrazarse de socialismo.

Ángel Cappelletti



Biblioteca anarquista  
Anti-Copyright



Ángel Cappelletti  
Apogeo y decadencia del primero de mayo  
1985

Recuperado el 26 de agosto de 2014 desde  
portaloaca.com

Integrantes del Colectivo Editor de El Libertario han digitalizado por primera vez este artículo, que se publicó originalmente el domingo 11 de mayo de 1985 en el Suplemento Cultural del diario caraqueño Últimas Noticias y no está incluido en ninguno de los libros del autor.

[es.theanarchistlibrary.org](http://es.theanarchistlibrary.org)